

Domingo quince del Tiempo Ordinario.

Dijimos la última vez que somos discípulos del grupo de los Setenta y dos y vamos con Jesús a Jerusalén. El evangelio de hoy nos presenta a “un letrado”, es decir, uno que conoce bien la Palabra y la Ley, el cual viene con una pregunta concreta a Jesús: “¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?” para Lucas se trata de un enfrentamiento, pues el rabino quería poner a prueba a Jesús; pero para Jesús es la oportunidad de ofrecer a los discípulos, que van de camino con él, una formación desde la vida diaria, sobre dos criterios bien concretos de vida y de acción: el amor central a Dios y el amor de misericordia con los demás. El que quiera ser y vivir como discípulo en la Escuela de Jesús, ha de tener esto bien claro en su vida.

Decimos que lo primero es un amor central por el Señor. Desde el libro del Deuteronomio (6,4) este es el principio fundamental de Israel: “El Señor es Uno y es preciso amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con todo el ser”. No puedo tener varios dioses en mi vida de discípulo y toda ella ha de estar centrada en Dios. Él lo es todo, el corazón, el centro, el tesoro fundamental.

Es lo que Pablo nos afirma hoy en la carta a los Colosenses, que empezamos a leer este domingo. Cristo es la Cabeza, el primero en todo; es el origen de todo, es la plenitud de todo (1,15-20). Pero es también lo que San Juan Eudes repetía con insistencia a Jesús: *“Oh Jesús, Tú eres lo único necesario, lo único que busco y deseo; mi Jesús y mi Todo. Fuera de ti todo es nada”*.

Lo segundo es un amor hecho praxis de misericordia en favor de los hermanos. El mandamiento del Señor nos invita a amar al prójimo como a uno mismo; pero el rabino preguntó a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?” La historieta del buen samaritano, que Jesús le ofreció como respuesta, le hizo caer en cuenta de algo fundamental: “No preguntes, quién es mi prójimo; hazte tú prójimo del otro, del que sufre, del que está a tu lado, del que encuentras en tu camino. Y al hacerte cercano al otro, aprenderás que el amor y la misericordia son creativos ante la necesidad del otro”. Es que el que ama, no tiene esquemas de servicios, ni esquemas de palabras. El que ama se conmueve ante el otro, se acerca a él y lo sirve con amor. El que ama verdaderamente crea en cada oportunidad una expresión que brota del corazón y se pone al servicio del hermano.

El que ama verdaderamente no juzga a nadie; lo respeta y trata de entenderlo. Cuántas veces hemos aprovechado la parábola del buen samaritano para desahogarnos contra la poca fe y el poco amor del sacerdote y del levita, que dan un rodeo para no encontrarse con el hombre que está tirado, medio muerto, al borde del camino. Y se nos olvida que estos dos personajes obraron en conciencia y actuaron según el principio de santidad que aprendieron del Levítico. Ellos bajaban de Jerusalén, purificados delante de Dios, después de celebrar el culto al Señor. Estaban santificados y no podían volverse “impuros”, tocando a un extraño que estaba ensangrentado. No juzguemos a nadie sin tratar de entender su posición, su historia personal o su situación. Eso también es amor.

“Oh Jesús, sé Tú el centro de mi vida y de mi corazón, y enséñame a amar a los hermanos por amor a ti. Que mi amor sea libre y creativo; que esté siempre dispuesto a entregar mi vida por los hermanos, así como Tú la diste por nosotros. Amén.”